

Historia y literatura: la pasión por el contagio

José Mariano Leyva*

Resumen

¿Cuáles son los nexos que se establecen entre la historia y la literatura? El presente texto propone algunos de ellos: la literatura como fuente histórica y algunas de las metodologías que se pueden seguir para interpretarlas, o el discurso como inevitable hermano de la creación literaria. De la misma manera, y tomando en cuenta estos aspectos que corresponden a la historia cultural, se plantea la posibilidad de una verdad histórica como eterna y provechosa discusión entre las diferentes personas y los diferentes especialistas.

Palabras clave: fuente histórica, literatura, crónica literaria.

Abstract

What are the links between history and literature? This essay suggests a brief list: Literature as a historical source plus some methodologies that should be approached and interpreted, or discourse as an unavoidable sibling of literary creation. In this same way, and taking into account those aspects that suit cultural history, we set out the possibility of historical truth as a fruitful and ongoing debate between different persons and different experts.

Keywords: historical source, Literature, literary chronicle.

Los moldes a los cuales se adapta la historia son muchos, por fortuna. Resulta imposible que el estilo personal de cada especialista no se plasme en lo escrito. Por más que se le rece al dios de la objetividad, éste nos abandonará de tanto en tanto para que los historiadores sólo apelemos a nuestra voluntad, a nuestro criterio, a nuestras capacidades, también por fortuna. Existe toda una gama de herramientas que busca el apego a la objetividad, que nos asiste en la ardua tarea de encontrar la verdad, pero lo cierto es que siempre nos quedamos en la búsqueda. La verdad histórica, siento decirlo, no es un objeto concreto que se encuentre enterrado en las arenas del pasado y que, una vez exhumado, luzca igual –con la misma forma, con la misma textura y color– ante los ojos de todos. Más bien se asemeja a una discusión volátil donde, si bien nos va, existirá un consenso. Es decir, la verdad histórica es un proceso que está en constante mutación: cada vez que se descubren nuevas fuentes, cada vez que aparecen nuevas versiones del episodio ocurrido o cada vez que un necio historiador quiere revisar de nuevo los acontecimientos cien veces visitados y descubre una nueva óptica, ese elemento que el resto de los historiadores pasaron por alto.

Paradójicamente, a muchos historiadores les cuesta trabajo aceptar este tipo de verdad histórica. Consideran que si el análisis del pasado no se parece –aunque sea un poco– a las ciencias naturales positivas, entonces estamos embaucando a la gente. La falta de seguridad concreta a veces provoca vértigo, y tal vez en muchos casos se sienta que una disciplina histórica basada en una realidad tan poco tangible nos puede conducir al descrédito. Curiosamente, me parece que el hecho de no aceptar que las continuas discusiones es lo que va formando una verdad histórica –siempre en movimiento– y vender la verdad histórica como un objeto inmutable es lo que se acerca más a un engaño.

* Investigador, Dirección de Estudios Históricos, INAH (acido_200@yahoo.com).

No cabe duda de que la intención de los historiadores debe ser buscar la verdad. En el momento que nos alejemos de esa convicción, la historiografía perderá su razón de ser. La voluntad debe estar ahí, pero también la humildad para entender que la verdad histórica que encontremos cambiará de manera constante. Por eso la contextualización histórica en cualquier tema me parece una tarea fundamental para mantener la validez del quehacer de los historiadores. Y el tipo de contextualización que me gustaría destacar es el que se realiza entre varios especialistas de la historia cultural. Explico con un ejemplo.

En 2005, el periodista estadounidense Jeff Chang publicó su libro *Can't Stop. Won't Stop. A History of the Hip-Hop Generation*,¹ y poco tiempo después su investigación terminó ganando el American Book Award, un premio con muy poco de académico y que más bien le toma el pulso a los temas más populares en Estados Unidos. ¿Cómo fue posible que un tema tan específico –la música y la cultura hip-hop– le interesara a un sector tan amplio de lectores, al grado de recibir el galardón mencionado? La respuesta tal vez se encuentre en el trabajo de contextualización elaborado por Chang.

En efecto, su trabajo tiene como centro a la música de los raperos –mayoritariamente negros– nacidos a finales de la década de 1970 y que fue cobrando una fuerza inusitada en la década de 1980, hasta convertirse en un género comercial bastante solicitado a partir de la década de 1990 en adelante. Nos presenta a artistas como DJ Kool Herc, Grand Master Flash, N.W.A. o Public Enemy que, seamos honestos, a muy poca gente le dicen mucho.

Sin embargo, el tema de historia cultural en que se interesó Jeff Chang se inserta en una historia más amplia: la de los inmigrantes jamaicanos en el barrio del Bronx a finales de la década de 1960; la lucha por los derechos civiles en Estados Unidos de la de 1970; las crisis económicas de la de 1980, que se aunó a una política por completo deshumanizadora; la toma de conciencia de grupos marginados que los llevó a diversas peleas políticas; la globalización de una contracultura en la década de 1990 que originalmente se creía inofensiva. Y no se trata de que el tema central se apoye con brevedad en todos los subtemas anteriores.

El equilibrio de la investigación se centra en la información acerca de todos estos temas que se han des-

prendido del eje principal. Es decir, la cultura hip-hop sirve como vehículo para entender desde nuevas ópticas los procesos de la lucha de los derechos civiles, las inmigraciones, las crisis, etcétera. Nos dice Jeff Chang (2005: 82):

[...] 1977 empezó muy bien para [DJ Kool] Herc. Pero como pasaría en todos lados, habría problemas más adelante.

No fue, como muchos periodistas y académicos bien intencionados escribirían más tarde de manera errónea, que las fiestas de barrio o los *Sound Systems* reemplazaron las peleas o los disturbios. Esa noción apareció a partir de la observación de Robert Moses² de que nada bueno podría salir de nueva cuenta del Bronx. La verdad fue, de hecho, mucho menos dramática y mucho más profunda. Con la nueva jerarquía musical en el Bronx, el hombre que manejaba los discos reemplazó al hombre de los colores.³ La violencia no desapareció de pronto: ¿cómo podría? Pero una enorme cantidad de energía creativa estaba ahora lista para emerger desde el fondo de la sociedad norteamericana.

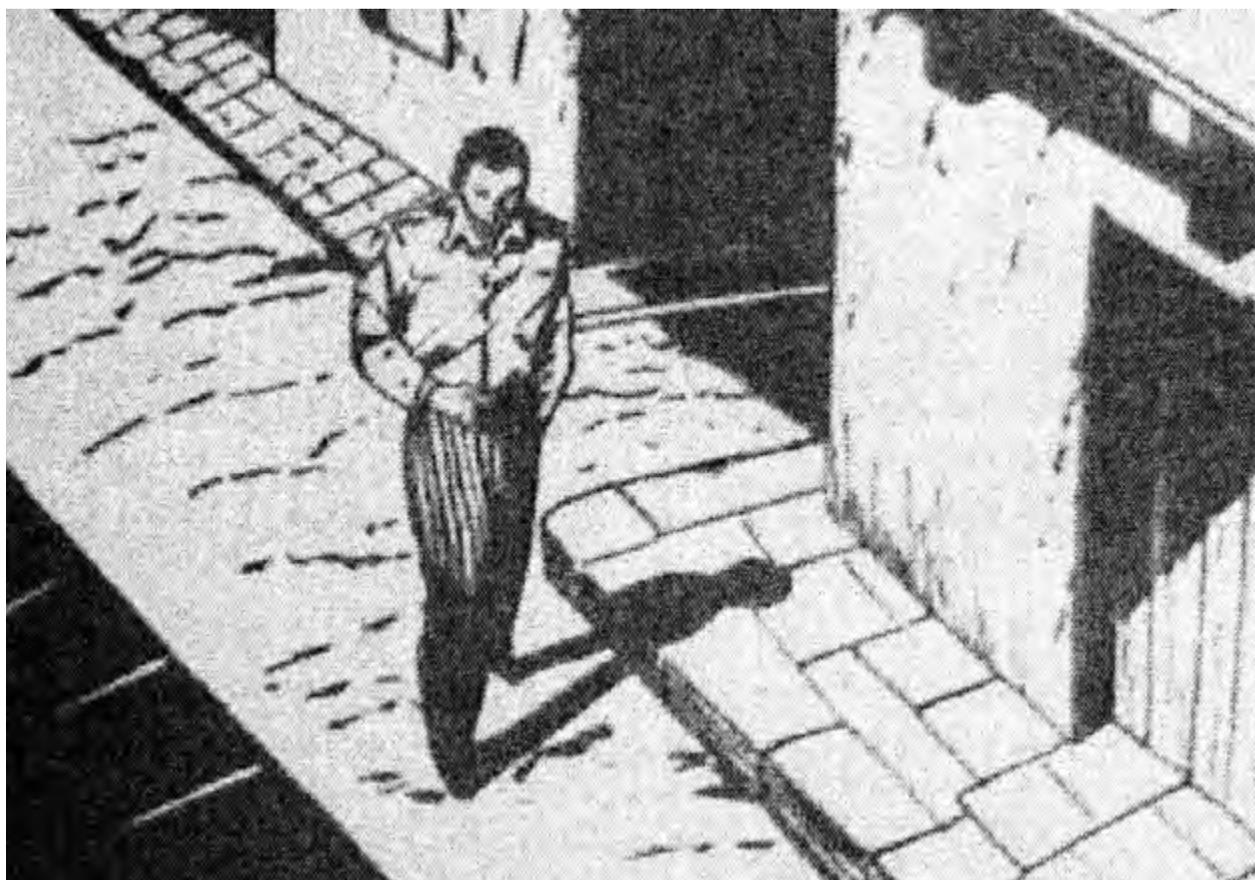
Una de las consignas principales de la historia cultural debe ser la inclusión de diferentes temas y procesos históricos: la amplitud. Imaginar a esta disciplina alejada de otras materias y temas, en exceso especializada o concentrada en periodos muy breves o en ópticas que más que expansivas resulten recónditas, es una manera de aniquilar a la propia historia cultural. Sin ir más lejos, la referida historia de Chang abarca desde 1965 hasta 2001.

En otras latitudes, Robert Darnton realizó el estudio de las causas, desarrollo y consecuencia de la Revolución francesa a partir de los libros prohibidos y libelos de la época (Darnton, 2000). Su investigación cultural también se inmiscuyó con la historia política, la ley y el orden, las fronteras entre países europeos y las tretas que utilizaba el tráfico de libros para sortearlas, entre muchos otros temas. Y, queda claro, sus límites temporales son todo menos estrechos. No se trata de un caso aislado: en *El negocio de la ilustración. Historia editorial de la Encyclopédie, 1775-1800* (Darnton, 2006), a pesar de que sólo se trata de un periodo de 25 años, la amplitud de la investigación incluye las

² Funcionario de Nueva York encargado de una profunda remodelación urbana ocurrida a mediados del siglo xx. Buscó la creación de nuevos barrios –como Long Island– para modernizar a la ciudad y sentía cierto desprecio por las zonas más viejas.

³ Se refiere a un Bronx donde las pandillas se dividían las calles como territorios, y donde cada pandilla debía utilizar un color específico para entrar en la zona que le correspondía.

¹ En 2014 Caja Negra Editora publicó en Buenos Aires una edición en español con el título *Generación hip-hop. De la guerra de pandillas y el grafiti al gangsta rap*.



ideas, formas y polémicas de toda la época ilustrada, atomizada en ese breve espacio temporal. Además, la historia que nos promete se entiende y a la vez explica otros sucesos, como los ataques de piratas, las formas de edición, la distribución de libros, los precios de ese ramo mercantil... Es decir, por lo común –y como se puede cotejar con todas las argumentaciones previas– la historia cultural suele promover el cruce de fronteras entre un tipo de historia y otro, y más todavía, entre una disciplina y otra.

¿Para qué la necesidad en la variedad de temas –sociales, económicos, políticos– dentro de la historia cultural? ¿Para qué la necesidad de observar más allá del propio periodo? No sólo para lograr que un tema específico tenga mayor impacto –en el número de lectores– como en el caso de *Can't Stop, Won't Stop*, sino para evitar, en la medida de lo posible, pifias.

Las expresiones artísticas: la pintura, literatura o música, otorgan productos sumamente codificados. En la mayoría de los casos, la voluntad de sus creadores no es dejarnos claras sus intenciones históricas o quejas políticas. Por eso la contextualización temporal y temática nos asiste para intentar identificar esos recovecos. Y con este fin, de manera inevitable, son necesarias las herramientas históricas. Ése es el principio

claro. Es decir, cualquiera puede aventurar una opinión sobre un libro y la sociedad que lo creó. Puede ser una crítica literaria estúpida o una crítica política lúcida, aunque sin la contextualización temática y temporal me parece que será una opinión personal sobre una obra que también es personal. No tengo nada en contra de las opiniones personales, y me queda claro que en toda historiografía, hasta en la más ortodoxa, el sesgo personal resulta inevitable. Sin embargo, la voluntad de encontrar una respuesta más ecuménica requiere un trabajo más amplio y de tipo histórico. Un trabajo de contextualización. Es decir, Clío, en efecto, no deja de ser inquieta, pero también tiene sus convicciones.

Niall Ferguson hace ese ejercicio de estupenda manera en su capítulo "El contagio de la guerra", sobre todo en el apartado "Camaradas". Ahí nos relata la vida cotidiana en los frentes de la Primera Guerra Mundial (Ferguson, 2007: 235-289), para lo cual utiliza casi en exclusiva pasajes literarios tanto de memorias como de ficciones. No es posible recrear el ambiente de esta guerra –que Ferguson califica como "de trincheras"– de no ser con este tipo de documentos, los cuales muestran la vida que llevaban los soldados en las zanjas, una situación que podía prolongarse durante varios meses. La idea que aparece una y otra vez en las me-

morias y ficciones es la de que el enemigo se parece demasiado a uno mismo, y que de la misma manera le están ordenando algo que, conforme avanza el tiempo y la fatiga crece, parece por completo descabellado. Y todo esto le da una nueva dimensión a esa guerra en específico. Aparece una nueva interpretación.

Ahora bien, sobre esa base otorgada por las herramientas históricas la historia que tiene como documento principal a la literatura debe indagar a profundidad el contexto de la fuente y servirse de otras disciplinas para la interpretación de la misma. La única forma de sacar el mejor provecho histórico a las “mentiras” en la ficción es identificándolas. Y para lograr esto el único camino es la comparación. Así, la historia cultural en general no debería ser inmune a la historia social, económica, política, en la medida que los escritores escriben sobre esos y otros temas. Las variaciones que el escritor haya hecho pueden ser indicaciones valiosas de un modo de pensar incluso susceptible de generalizarse.

Una vez identificadas esas “mentiras”, la interpretación de las mismas –¿por qué los escritores decadentes describían siempre a los sanos positivistas como ridículos o incluso peligrosos?– puede ser más completa si se convida a esas otras disciplinas a la fiesta del análisis. Las más recurridas tal vez sean la antropología y la psicología, aunque no las únicas. Esto no extraña en la medida que las pulsaciones de muchos escritores proceden de intereses tan personales como sociales. El viaje del exterior –de lo visto, lo vivido– hacia lo interior –lo que se opina al respecto– es constante en la literatura, y muchas veces a la metodología clásica de la historia le resulta imposible sujetar todos los matices de ese diálogo constante que nos presenta. Michel de Certeau argumenta el psicoanálisis para acercar la historia no sólo a la psicología, sino también a una materia más específica:

El psicoanálisis se articula sobre un proceso que es el centro del descubrimiento freudiano: el retorno de lo rechazado. Este “mecanismo” pone en juego una concepción del tiempo y de la memoria, en el que la conciencia es a la vez la *máscara* engañadora y la *huella* efectiva de acontecimientos que organizan en el presente. Si el pasado (que tuvo lugar y forma parte de un momento decisivo en el curso de una crisis) es *rechazado*, *regresa*, pero subrepticamente, al presente de donde él ha sido excluido. Un ejemplo que le gustaba mucho a Freud, representa esta vuelta-regreso que es la astucia de la historia: después de haber sido asesinado, el padre de Hamlet regresa en una escena distinta, pero con

forma de fantasma, y es entonces cuando se convierte en la ley que su hijo obedece (De Certeau, 1995: 77).

Muchas veces, cuando tomamos como fuente histórica una novela escrita, digamos, hace cien años,⁴ debemos determinar si la información que nos brinda se apega a la realidad o es más bien algo parecido a una obsesión personal. En el segundo caso, tanto el contexto histórico como algunas herramientas del psicoanálisis son de mucha utilidad. Tomo el caso del escritor mexicano Alberto Leduc (1867-1908), quien era un furibundo anticlerical. Sin embargo, y a diferencia de muchos de los contemporáneos que compartían su filiación política, su jacobinismo tenía un origen personal: sus padres murieron cuando él era un niño y lo dejaron a cargo de un albacea que era cura, junto con dos hermanos más. Poco tiempo después de que llegó la orfandad, el cura los metió en un hospicio para robarse la fortuna de sus padres y desaparecer.⁵

En los casos de otros escritores, la inclinación político-literaria tal vez se deba a una postura política, que siempre tiene algo de personal, pero sin sustentarse en un evento íntimo tan dramático. En esos otros casos deberíamos ir entonces al contexto histórico, más específicamente a la información que la historia política de ese momento nos brinde. Por todo lo anterior, no es gratuito que el título original de la obra de Michel de Certeau sea *Histoire et psychanalyse entre science et fiction*.

De la misma manera, el párrafo citado nos remite a algo escrito al inicio de este texto: mientras que en las historias personales, según Freud, el pasado doloroso que se intenta encerrar –u obviar o sublimar– regresa como fantasma, la recuperación del pasado que hace un historiador se encuentra condicionada por su presente, por sus inclinaciones e intereses en el momento en que está realizando su investigación y la escribe. De nuevo la inevitable subjetividad.

Sin embargo, no hay que olvidar que las herramientas de análisis histórico son imprescindibles: no se está leyendo una obra escrita antier, sino hace varios años. Los contextos sociales y personales han cambiado. Así, es necesario hermanar metodologías para entender conceptos como matrimonio, odio político, compromiso social. Parece una obviedad, pero la historia de las mentalidades, la de la vida cotidiana, la social y las

⁴ Dentro del ramo de historia-literatura de la historia cultural.

⁵ Esto lo cuenta Renato Leduc, hijo de Alberto, en una entrevista con Teresa Ferrer Bernat en *¡Neurosis emperadora de fin de siglo!* (2005).

propuestas de psicología aplicada a la historia –como las realizadas por Erich Fromm (1900-1980)– han enseñado que las ideas básicas –amor, odio, juventud, vejez– cambian.

Si leemos una novela gestada en el porfiriato que nos hable de un anciano, difícilmente pensaremos en alguien mayor a los 60 años. Hay que realizar la labor de contexto histórico: ¿cuál era la esperanza de vida en esa época? De la misma manera, si en el mismo periodo alguien sugiere que términos como “rasgos de adolescencia” eran factibles, con toda probabilidad estará cometiendo una pifia en la medida que el término “adolescencia” –junto con todas sus características– es posterior, mientras que en ese momento se esperaba que el tránsito entre niñez y adultez fuera expedito y sin dilaciones.

Una vez logrado el contexto histórico y la indagación basada en la multidisciplina, es posible lograr una “verdad” histórica compleja –en el sentido de riqueza– e incluyente. José Joaquín Blanco –que también es poeta–, resulta un buen ejemplo en *Pastor y ninfa. Ensayos de literatura moderna* (1998); tanto que no puedo resistirme a citar un párrafo que sintetiza toda una época histórica a partir de la literatura y con la precisión literaria que Blanco nos suele restregar en la cara:

Como reflejo del mundo tecnificado y superburocratizado, hubo en la realidad y en las mitologías policiacas un aparato contra el crimen (incluso internacional, del tipo televisivo de CIPOL o de los amos del Agente 007) y grandes aparatos, también transnacionales (el comunismo, el Opus Dei, los cárteles del narcotráfico, los fundamentalistas musulmanes), para delinquir. La época de la CIA y la KGB: ya no había seres humanos, sino peones de uno y otro partido. Miles de historias detectivescas se dieron entre los agentes de uno y otro bando (o los similares: la CIA contra los “anti-americanos”, los negros, los terroristas; la policía francesa contra los independentistas árabes). El crimen se politizó al grado de que toda cuchillada era presentada como crimen de Estado, desde un diplomático homosexual que aparece ahogado en los canales de Ámsterdam hasta las más diversas hipótesis de la muerte de Marilyn Monroe (*ibidem*: 111).

En este molde de Clío entran tanto la investigación como la indagación histórica: la metodología como la creatividad historiográfica. El molde nos invita al contagio, entendiendo que la historia no se conforma a partir de parcelas ni de datos fríos; todo lo contrario: es una disciplina seria que nos presenta un producto

difícil de aprehender, aunque no por eso menos valioso. Para recetas concretas e inmutables están las teorías económicas o los libros que nos prometen que seremos felices si seguimos los pasos indicados. Sin embargo, basta recordar la cantidad de certezas económicas que han caído estrepitosamente o preguntar a los lectores de los libros de la pronta facilidad qué tan felices son en realidad. Entre historiadores, en la reflexión –continua, imparable– está nuestra validez.

Bibliografía

- Blanco, José Joaquín, *Pastor y ninfa. Ensayos de literatura moderna*, México, Cal y Arena, 1998.
- Certeau, Michel de, *Historia y psicoanálisis*, México, UIA, 1995.
- Chang, Jeff, *Can't Stop. Won't Stop. A History of the Hip-Hop Generation*, Nueva York, Picador, 2005.
- Darnton, Robert, *El negocio de la Ilustración. Historia editorial de la Encyclopédie, 1775-1800*, México, FCE, 2006.
- _____, *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia cultural francesa*, México, FCE, 2000.
- Ferguson, Niall, *La guerra del mundo. Los conflictos del siglo xx y el declive de Occidente (1904-1953)*, Barcelona, Debate, 2007.
- Leduc, Alberto, *¡Neurosis emperadora de fin de siglo!*, México, Factoría, 2005.

